

“El Jefe”

Ana M. Rodríguez Ayçaguer¹

Facultad de Humanidades
Universidad de la República



137

En estas pocas páginas el lector encontrará un relato concebido en “tono menor”; pleno de subjetividad, tejido con recuerdos y anécdotas sobre cómo fue la labor de José Pedro Barrán al frente del Departamento de Historia del Uruguay. Para que este testimonio no sea el reflejo de una única mirada, he agregado al final la rememoración hecha con frescura y emoción, de dos jóvenes compañeras de Departamento, Magdalena Broquetas e Inés Cuadro.

Mi vínculo con Barrán, que se prolongó durante más de dos décadas, se remonta a fines de 1985, cuando comencé a tener un trato casi diario con él. Barrán había ingresado a la Facultad de Humanidades y Ciencias el 15 de abril de 1985 como Profesor Titular (Grado 5) de Historia del Uruguay y por solicitud del Consejo había asumido la Dirección del Departamento de Historia del Uruguay. En octubre de ese mismo año, la Universidad de la República me restituyó en el cargo administrativo del que había sido destituida durante la Intervención. En respuesta a un pedido formulado por la Profesora Blanca Paris, en su calidad de

1. Ana María Rodríguez Ayçaguer es Licenciada en Ciencias Históricas por la Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad de la República. Trabaja como Profesora Agregada en el Departamento de Historia del Uruguay, teniendo a su cargo el Curso de Historia del Uruguay II. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadores (ANII), centrándose su línea de trabajo en la historia de la política exterior de Uruguay en el siglo XX. Es coautora de la obra *Historia del Uruguay en el Siglo XX. 1890-2005* (2007). Su último libro, *Un pequeño lugar bajo el sol: Mussolini, la conquista de Etiopía y la diplomacia uruguayaya 1935-1938* (2009), recibió el Premio Nacional del Ministerio de Educación y Cultura.

Coordinadora del Instituto de Ciencias Históricas de nuestra Facultad, pasé a desempeñar funciones en aquel Instituto. Como no existía lugar para una oficina, Blanca ubicó mi escritorio en el Departamento de Historia del Uruguay, por lo que pasé a compartir el espacio con Barrán. No sé si fue ya entonces que empecé a llamarlo “Jefe” o si ello se dio a partir de mi ingreso como docente al Departamento de Historia del Uruguay, un año más tarde, pero el apelativo perduró y, lo que al principio fue una forma de bromear con él –a Barrán no le gustaba que lo llamara así– luego adquirió una categoría diferente. Porque Barrán fue “el Jefe” para quienes trabajamos bajo su dirección, pero no solo por el ejercicio legítimo de una autoridad jerárquica, sino porque supo construir una forma de conducción cimentada en el respeto que nos inspiraban su talento, su laboriosidad y su calidez humana.

En agosto de 2009 cuando Barrán ya estaba muy enfermo, y con motivo de habersele otorgado el Gran Premio Nacional a la Labor Intelectual, Salvador Neves le hizo una entrevista, que sería la última. En esa oportunidad, el entrevistador –un estimado ex alumno– me preguntó si podía compartir con los lectores algunas anécdotas de Barrán, a lo que accedí, aclarándole que quizás las más sabrosas, que reflejaban mejor su sentido del humor, no podía contárselas ya que involucraban a terceros. Transcribo aquí las líneas que le envié entonces con la informalidad y la premura con que fueron concebidas en el deseo que expresar, antes de que fuera demasiado tarde, la gran deuda que teníamos con Barrán.

Su actitud inalterable con los estudiantes fue de respeto y estímulo. También de interés humano. En los tribunales de pasaje de curso, por ejemplo, cuando tenía que comentarle un borrador de un trabajo a un alumno empezaba por todo lo que estaba bien. Luego venían las críticas y correcciones. Alguna vez incluso hizo pesar otras cosas. Recuerdo cuando tuvimos que juzgar un trabajo de una alumna muy mayor (ahora fallecida), caso bastante frecuente en nuestra Facultad. Yo había leído varios borradores, haciéndole múltiples y reiteradas correcciones, pero sin lograr lo esencial: que pasara de la transcripción al comentario de las fuentes. Cuando leí el informe final, me pareció inaceptable y por lo tanto fui a la reunión decidida a proponer un ‘aplazado’. Para mi sorpresa, Barrán argumentó a favor de aprobarlo con ‘bueno’. Recordó el esfuerzo que había hecho y que se trataba de una persona que no iba a dedicarse a la docencia ni a la investigación, que no iba a ‘hacer carrera’ y que, por lo tanto, lo que teníamos que considerar era el aspecto humano. ¡Nos convenció!

También como jefe (todavía hoy en el Departamento, el que fue su escritorio sigue siendo ‘el escritorio del Jefe’) ponía en evidencia su respeto por el otro, a extremos casi ilógicos. Aunque podía pedirme que dictara parte de las clases muy rara vez lo hizo; definitivamente no era de los profesores que descarga el curso en sus ayudantes. Antes, en mi labor

de Ayudante (preparación de materiales de apoyo a la tarea docente) me costaba lograr que me diera tareas para hacer. A veces prácticamente le tenía que ‘arrancar’ un texto muy mal tipeado para pasarlo en limpio y entregarlo más presentable a los alumnos. No quería que nadie fuera a pensar que él ‘abusaba’ del trabajo de los demás.

Por otra parte, dio cátedra de respeto por la independencia de los docentes del Departamento en cuanto a qué temas trabajar. Mantenía, por supuesto, la supervisión: su recordado ‘¿en qué andás?’, amistosa forma de interrogarnos sobre la marcha de nuestras respectivas investigaciones. Y luego corrigiendo desde lo más sustancial hasta las comas de los borradores que le entregábamos y que nos devolvía con muchas anotaciones, a veces señalamientos fuertemente críticos (una vez me anotó al margen, a propósito de un comentario sobre un conocido personaje histórico; “¡Lo acusás prácticamente de corrupción y sin ningún fundamento!”), y otras con algunos apreciados elogios (un “¡MB!” anotado al margen era recibido con alegría por todos nosotros que luego comentábamos divertidos: “¡Me saqué un muy bueno!”).

Su laboriosidad y responsabilidad eran extremas. Yo solía decirle en confianza que él, que nos había pintado una idílico panorama de la ‘edad bárbara’ era en realidad la persona más disciplinada que había conocido. Y eso es real. Venía a trabajar enfermo. Y siempre en horarios ‘de pescadería’: 8 de la mañana ya estaba en el Departamento. Y escribía un libro entero en un mes de vacaciones (!!!) No podía concebir que alguien dijera que no iba a continuar trabajando si no le pagaban, por ejemplo. Recuerdo una discusión en una reunión del Departamento, cuando nuestro compañero Rodolfo Porrini dijo que sobre equis tema no seguiría trabajando (lo estaba haciendo en el marco de un proyecto financiado) hasta que no le empezaran a pagar. Todo en un tono muy reivindicativo (como corresponde a su especialidad, historia de los movimientos sociales...) y entonces Barrán le espetó ‘Pero m’hijo, vos tenés que tener tu proyecto personal, más allá de que te lo paguen o no’. Lo del ‘proyecto personal’ quedó incorporado a las bromas que habitualmente nos gastamos entre los integrantes del Departamento.²

Hoy, en diferentes circunstancias, me vienen a la mente otros recuerdos que muestran algunos aspectos de su forma de ser quizás menos conocidos para quienes se relacionaron con él solo a través de su obra.

Es sabido que la publicación de los dos volúmenes de la *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* marcó un hito fundamental en la historiografía uruguaya y en la trayectoria académica y vital de Barrán. El rotundo éxito de público fue para él una gran satisfacción y un merecido premio a su ya extensa carrera como investigador. No asumió de

2. En: “¡Qué me venís con el Virreinato! José Pedro Barrán, Gran Premio a la Labor Intelectual 2009”, entrevista realizada por Salvador Neves, La lupa de *Brecha*, Montevideo, 7 de agosto de 2009.

inmediato, sin embargo, los alcances de su nueva condición de best-seller. Recuerdo una oportunidad en la que, luego de que me contara la cantidad de ejemplares que se habían vendido de dicha obra, logré sorprenderlo con un cálculo del impacto de la misma, comparándolo con lo que había sucedido con “Montaillou”, el famoso trabajo del historiador francés Le Roy Ladurie, que era por entonces el libro de historia más vendido de toda la historiografía francesa. La proporción de lectores en relación con la población era mayor para el caso de la obra de Barrán. La fama que esa obra le reportó, tuvo varias consecuencias, una de las que pude apreciar directamente fue el aumento del número de deslumbrados lectores (y lectoras...) que concurrían como oyentes a su curso. Otra, quizás no tan grata para él, fue el aumento de los requerimientos para que realizara comparecencias públicas (charlas, conferencias, mesas redondas, etc.). Es bien sabido que Barrán era muy tímido, aunque con el tiempo logró superar aquel obstáculo. Si pensamos en la amplitud y solidez de sus conocimientos así como en la capacidad de desarrollar un relato cautivante, resulta difícil creer que Barrán se ponía muy nervioso cuando comenzaba a dictar el curso en Facultad, tanto que en las primeras clases tomaba algo para calmar sus nervios. Cuando la audiencia era mucho más amplia, el temor se acentuaba. Me acuerdo de una oportunidad en la que el entonces Rector de la Universidad, Ing. Jorge Brovetto, le había pedido que diera una conferencia sobre Artigas en el Paraninfo. Supongo que era un 19 de junio, aunque no lo recuerdo bien. Lo que sí tengo muy presente es la angustia que sintió Barrán por tener que hablar allí. ¡Cómo sufrió! No quería hacerlo, pero no puedo decirle que no al Rector!”, me dijo quejumbroso. Y todo ese mal rato para nada, ya que finalmente la conferencia se suspendió por un paro!

Barrán tenía un carácter impulsivo pero cuando veía que había cometido un error, no vacilaba en reconocerlo y disculparse si lo consideraba necesario. Recuerdo dos anécdotas, separadas en el tiempo pero vinculadas entre sí, que ilustran ese aspecto de su personalidad. En cierta oportunidad, me comentó lo que pensaba hacer en relación con alguna solicitud o trámite cuyos detalles se me escapan; sí recuerdo haberle dicho que creía que la forma de proceder debía ser otra. Él no estuvo de acuerdo. Poco después tuvo una reunión con Blanca Paris y con Carlos Zubillaga, ambos docentes del Instituto y por ese entonces consejeros de la Facultad, a los que consultó el tema; ellos opinaron lo mismo que yo. Al otro día Barrán vino especialmente a pedirme disculpas por no haberme escuchado. Me habló de su gran desconocimiento de la vida universitaria y agregó: “en el futuro si ves que voy a meter la pata, por favor, avisame”. Yo me tomé en serio el pedido y esto se relaciona con la segunda anécdota. Una mañana llego al Departamento y Barrán ya estaba allí (siempre era el primero en llegar), escribiendo frenéticamente

en la sufrida Remington (los que lo vimos escribir a máquina sabemos hasta qué punto descargaba su ansiedad en el teclado). Me alcanzó luego el borrador de una nota dirigida al Decano, para que la pasara en limpio y también le diera mi opinión sobre el contenido. En ella se aludía a una resolución tomada en la última sesión del Consejo de la Facultad –sobre el escritorio de Barrán estaba el repartido con las resoluciones, que semana a semana él leía disciplinadamente– por la que se establecían determinados controles en relación con la presentación de informes por parte de los docentes en régimen de dedicación total, cuando viajaban al exterior. Al leerla, Barrán había sentido que era una crítica encubierta a su persona –acababa de regresar de Inglaterra– y si algo podía irritarlo era que se dudara de su palabra en relación con el trabajo. Indignado, escribió la nota en términos muy duros. Al leerla traté de disuadirlo diciéndole que si había algo que nadie ponía en cuestión en la Facultad era su contracción al trabajo. Le sugerí que no la presentara ese día, que lo consultara con la almohada. A la mañana siguiente encontré la nota en la papelería, reducida a pequeños trozos de papel. Barrán me contó luego, riéndose, que se la había mostrado a Alicia, su esposa, y ella le había dicho: “¡estás paranoico!”

Cabe aclarar que, más allá de su carácter impulsivo, en ese momento en la Facultad se respiraba un clima muy enrarecido, propicio a alimentar esa y otras paranoias. Los enfrentamientos de diverso orden en la interna universitaria pueden generar un entorno bastante tóxico en el que solo sobreviven los más fuertes. Barrán no se encontraba entre estos últimos, y era bien conocida su voluntad de permanecer al margen de los órganos de gobierno universitario. Lo que para algunos era un demérito, para nosotros equivalía a la tranquilidad de saber que Barrán podía mantener su cabeza a salvo de aquellos “contaminantes” y seguir produciendo al máximo de su capacidad. No obstante, esa prescindencia no impidió que en momentos decisivos para la marcha de la Facultad, autorizara la inclusión de su nombre en el “honorífico” último puesto de una de las listas docente a la Asamblea del Claustro, para que no quedaran dudas de donde estaban sus simpatías.

Hay otro aspecto que creo importante señalar: su apertura para recibir las críticas. Recuerdo que en una oportunidad le transmití un comentario que me había hecho Oscar Mourat, en relación con la utilización que él hacía del estudio de algunos casos clínicos, en los que los pacientes eran identificados con nombre y apellido. ¿Era legítimo el proceder del historiador que sacaba de su anonimato a hombres y mujeres –en casi todos los casos, pertenecientes a “sectores subalternos”– que no habían elegido tener una vida pública y además, hacerlo para exponer aspectos de su más profunda intimidad? Barrán me escuchó con atención y no formuló ningún comentario. En sus próximas obras, sin embargo, al analizar este tipo de documentación los protagonistas solo aparecían

identificados con una inicial (en *Amor y transgresión*, aparecen con nombres supuestos, pero en este caso dicha circunstancia fue condición para el acceso a la documentación analizada).

Su actitud ética en relación con el trabajo del historiador –el suyo y el de sus colegas– dejó huellas. Es fácil comprobar –basta recorrer las notas de sus libros– hasta qué punto hacía cuestión de reconocer los aportes, a veces insignificantes, de colegas y amigos que le acercaban un dato, un libro o le hacían un simple comentario. Esa conducta pasaba también por compartir la información de interés para el otro, no ocultarla, como a veces sucede en el mezquino mundo de la competencia académica. Esa postura contribuyó a consolidar un clima de trabajo muy especial en nuestro Departamento, que era claramente percibido desde fuera. Recuerdo que una vez, conversando con un amigo de Facultad, critiqué a un historiador argentino porque no había compartido con sus compañeros de trabajo una invitación que, por su intermedio, habíamos hecho a todo el colectivo que el referido colega integraba. Mi amigo me dijo con sorna: “así es de amargo el mundo exterior, pero claro, ustedes son los buenos muchachos de Barrán...”. Su comentario burlón, reflejaba esa percepción de un microclima que “el Jefe”, con su ejemplo y su calidez humana, había logrado crear en nuestro Departamento.

Creo que todos los compañeros que trabajaron bajo su dirección recordarán con nostalgia aquellas charlas en las que disfrutábamos de su calidez, su humor ácido y, naturalmente, de su cultura. Al regreso de sus viajes no solo nos enterábamos de algunos de los resultados de su labor de investigación o de los libros que había traído, sino que nos trasmitía sus impresiones sobre las sociedades que visitaba, en particular sobre aspectos de su cultura, incluyendo, por supuesto, las funciones de ópera a las que había asistido. Es bien conocido su amor por la música –en su casa trabajaba escuchando música clásica en la radio del SODRE– y su gran pasión por la ópera. En los últimos años viajaba anualmente a Estados Unidos con el gran objetivo de disfrutar las representaciones del género en el Metropolitan de Nueva York. De uno de esos primeros viajes –además de sus vanos intentos por contagiarme su entusiasmo por la ópera– tengo un vívido recuerdo del gran impacto que había experimentado al contemplar los resultados de las luchas de homosexuales y lesbianas contra la discriminación. En esa oportunidad había viajado no solo con Alicia sino también con su hijo Pedro y habían estado en San Francisco, donde le impresionó la libertad con que homosexuales y lesbianas se mostraban con sus parejas. “Es increíble” decía, entre asombrado y divertido, midiendo la abismal distancia que existía con la represiva realidad de nuestro país. Me atrevería a afirmar que aquella experiencia fue fundamental para que Barrán abordara el tema de la homosexualidad en *Amor y transgresión*.

Aquellas conversaciones regadas con los cortados de “El Polvorín” –el bar de la esquina de la Facultad– acompañados con los infaltables “ojitos” elaborados por Jorge que tanto le gustaban a Barrán o, más tarde, en la cantina de la Facultad, se volvieron un entrañable ritual. Por todo esto y mucho más, Barrán fue –y seguirá siendo– para nosotros, “el Jefe”.



